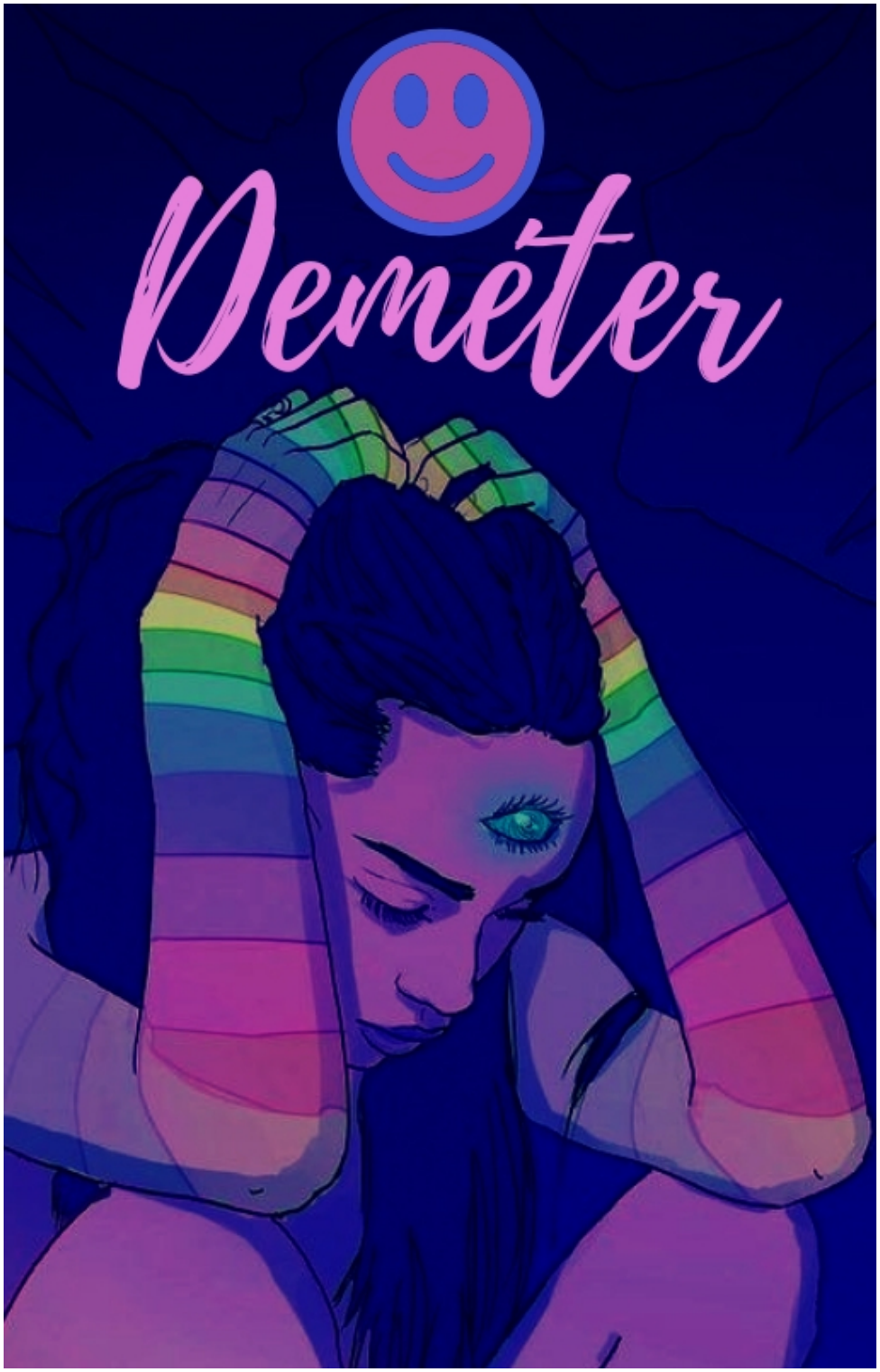
Deméter

Neus Luna



Capítulo 1

El polvo blanco es el único alimento que he tomado en tres días. Mi compañero de piso dice que estoy viva de milagro. ¿Qué sabrá él?

¿Acaso le he preguntado su opinión?

Ayer por la tarde lo encontré espiándome mientras dormía. Allí parado, a los pies de mi cama, parecía un puto fantasma.

Deméter es lo único que tengo, lo único tangible de mi vida. Es divertido pensar así, de una cosa que puede llevarse el viento tan fácilmente. Pero solo sonrío cuando la siento dentro. Todo es fascinante cuando ella sube. El mundo es como un escenario lleno de colores nuevos, de luces brillantes y gente guapa. Cuando me miro al espejo, por la mañana, sólo veo mi rostro, envejecido, coronado de ramas secas y lleno de manchas oscuras. Pero cuando cae la noche y me maquillo con kohl y polvo blanco, todo cambia.

La televisión habla de una droga nueva, menos peligrosa que la cocaína, pero que siega tantas vidas como ella. Pero yo me rio de esos expertos, que hablan idioteces sobre Deméter, porque ninguno, ninguno puede entender lo que ella nos hace sentir.

No tengo hambre, ni deseo, sólo un dulce vacío en el centro de mi estómago. ¡Soy como un ángel! Me tiraría por la ventana de nuevo y echaría a volar, si no viviera en un primer piso. Supongo que aquello fue bastante patético. Abrir la cristalera, poner los brazos en cruz y dejarme caer recta, estirada en todo mi esplendor, sobre el asfalto. Gracias a Dios, sólo fueron un par de rasguños, en el cuerpo y en el alma.

Marcus murió la semana pasada, pero no de sobredosis. Qué irónica es la vida. Yo tomo mucha más Deméter que él y aquí estoy, sigo viva. Tuve que reconocer su cadáver. Tenía la mitad de la cara deformada y supe que era él por su pelo característico: rizado y grasiento, de color pardo, igual que el mío. Es lo que tiene ser hermanos. Alguien le había apuñalado muchas veces en el pecho, pero había muerto definitivamente por estrangulación. Le encontraron cerca de una discoteca, con los pantalones bajados y tirado sobre un charco de su propia orina. Pensar que fue a mear y lo mataron con los calzones en los tobillos, me hace mucha gracia.

Por lo visto, eso ofende a mi compañero de piso. ¡Y yo creyendo que tenía sentido del humor!

Lo que nos mata, no es la droga, es la vida. Eso fue lo que pensé el otro día, cuando me maquillaba antes de ir al trabajo. Me da igual que la frase

sea estúpida. Yo también lo soy. Lo enseño todos los días en mi cara, cuando poso en las sesiones de fotos. Me piden que ponga cara de inocente y yo lo hago. Me animan a poner cara de sorpresa y yo me sorprendo. Me exigen mostrar una cara excitación forzada y yo la fuerzo. ¿Qué más da? Todos los días muero un poquito y después Deméter me devuelve a la vida, recibiéndome entre sus brazos como si yo fuera la mismísima Perséfone.

Estoy pensando estupideces. Palabrería caótica. Me hace falta una buena dosis. Un poco más. Pero este idiota no me deja levantarme. Está sentado sobre mí, agarrando mis muñecas. Mirándome, desde su cara deforme. Le digo de todo, lo llamo Quasimodo y me rio de su apariencia de estúpido, aunque no puedo verlo bien. Nunca he podido. Siempre está escondido en las esquinas oscuras, mirando. Y ahora, justo ahora, ha tenido las agallas suficientes para impedir que me levante. Supongo que no quiere que tome Deméter.

¡Cómo si pudiera evitarlo!

Me lo quito de encima sin luchar demasiado. Siento la presión de sus manos sobre mis muñecas, cada vez más fuerte, pero pesa como una pluma. Lo dejó ahí tirado y voy tambaleándome hasta el baño.

¡Aquí estás, tumbada sobre el lavabo!

Estoy desesperada, así que meto la mano directamente en la bolsa. Me he gastado un buen dinero en un kilo de esta mierda, pero ha valido la pena. El mundo comienza a cambiar en cuanto su olor impregna mis sentidos. Pero he tomado mucha, demasiado rápido.

Toso.

Con el movimiento de mi cuerpo, cae un poco del polvo sobre el lavabo. Blanco sobre blanco.

Vuelvo a toser.

Rosa sobre blanco. Luego rojo. Rojo sobre un río de colores brillantes.

No puedo para de toser.

Mi estómago se llena de vacío. Me miro al espejo. Allí estoy. Con mi nariz y mi boca cubiertas de nieve. Y detrás de mí, está él, lleno de nada, como siempre.

¿Desde cuándo somos compañeros de piso? No consigo recordarlo. Mierda, apenas sé nada de él. De hecho, si me preguntaran qué aspecto

tiene, no podría describirlo con exactitud.

Mi compañero se acerca a mí y por fin, después de tanto preguntarme por su verdadera apariencia, puedo ver su rostro a través del reflejo del espejo. Es el hombre más guapo que he visto en mi vida. Pero estoy completamente ida, en este estado todos me parecen querubines, así que intento no fiarme de mi primera impresión.

Un cacho de mi nariz se desprende y cae sobre el polvo blanco con un sonido húmedo.

¿Esto... esto está pasando de verdad?

Mi compañero se acerca a mí en silencio. Intento girar la cabeza para verlo, pero él me sujeta la cara por la barbilla y me obliga a mirar el espejo. Con su mano izquierda, tira de la piel de mi mejilla y comienza a desprenderla de mi cuerpo. Yo sólo siento el vacío de Deméter. No hay angustia, ni miedo, sólo tiempo que pasa, polvo blanco y rojo, que cae sobre el lavabo.

Capítulo 2

Maldito crío. No deja de molestarme. Esta mañana subió a mi piso, exigiéndome que le diera Deméter. ¿Qué soy ahora, su camella particular? Pero no puedo enfadarme con él, todo esto es culpa mía. La primera vez que me lo había encontrado había sido en una fiesta de universitarios. Yo había ido con una amiga, de la que hace ya tiempo que no sé nada, sólo para acompañarla. Por lo visto, ella estaba enamorada del gigantón bronceado que daba la maldita fiesta y quería aprovechar para mover ficha. Como a mí hace años que no me conmueve ningún tipo de celebración, había ido a regañadientes, con la esperanza de encontrar un hueco de soledad para ir al baño y colocarme.

Y allí fue donde lo encontré, llorando en el lavabo, cubierto de vómito y con los ojos hinchados por el llanto. Me pareció tan patético, tan débil, que no pude contener un pequeño momento de debilidad. Mientras él no dejaba de murmurar cosas ininteligibles, coloqué mi bolso sobre el lavamanos y obtuve una promesa de felicidad.

Le ofrecí un poco y él, tras pensarlo un momento, negó con la cabeza.

Le dije que no era cocaína. Que no era como ninguna otra droga, que Deméter es verdaderamente la diosa griega triturada y blanqueada por el tiempo.

¡Ah, pero qué mirada me lanzó! A veces, cuando me da el bajón, tiendo a hablar de ella de forma poética. Un tío me dijo una vez que la droga estimulaba no sé qué parte del cerebro y que con el tiempo provocaba ese tipo de inclinación poética al hablar. Por lo visto él era profesor y la tomaba justo antes de empezar las clases. Me hubiera gustado asistir a una, sólo para echar unas risas. Pero yo no tuve ocasión ni de acabar la primaria, así seguramente no me enteraría de nada.

No sé qué le había pasado al mocoso, pero no me importaba en absoluto. Negó con la cabeza cuando le ofrecí mi mierda así que me encogí de hombros y me coloqué yo. ¡Qué sensación! Puro éxtasis, entrando directamente al centro de mi consciencia, rompiéndome y volviéndome a hacer.

Volví a mirar al chico, sonriendo. Allí seguía, observándome con sus ojos azules, temblando bajo la chaqueta de cuero, tal vez por mi causa, tal vez por lo que le había sucedido, tal vez por ambas cosas. Era (y aún hoy sigue siendo) un chico de éstos, que lleva el pelo planchado, teñido de negro, que se pinta tanto los ojos que parece un mapache.

¿Emo, se llama? ¿Punky? No lo sé, ni me importa.

Fuera lo que fuera, se dio cuenta. Supo que, en el momento en que Deméter entró en mi cuerpo, yo estuve acompañándolo mientras le pegaban. Advirtió que yo estaba allí, en cada uno de sus recuerdos y sus respuestas y que mi mente jugaba con la suya como un niño con la arena. Creé castillos en su blando cerebro y los derrumbé en segundos, divertida, enternecida por su miedo.

Me preguntó, sin mover los labios, cómo demonios estaba haciendo aquello. Suplicó que le contara quién era y preguntó temeroso si era una bruja. Yo reí y dirigí la mirada al polvo blanco. Le repetí, esta vez susurrando, utilizando con mi voz, que aquella era algo distinto.

Por fin, intrigado por lo que yo le ofrecía, se despegó de la esquina y se atrevió a probar.

¡Menudo follón se montó luego! ¿Cómo iba a saber yo que la droga iba a tener ese efecto en él?

Después de aquello, salí del baño y volví con mi amiga, esta vez disfrutando de cada pequeño detalle, extasiada por todo lo que me rodeaba. Vasos de plástico tirados en el suelo, una nevera, dos desconocidos enrollándose en el salón... sentía que caminaba entre los pasillos del museo de lo increíblemente fantástico. Mi amiga estaba ligando con el guapo de turno. Bueno, intentándolo, al menos. Él tenía otras cosas en la cabeza y ella realmente, no le gustaba. A decir verdad, a aquel cachalote no le atraía nada que no se vistiera, hablara y se comportara como un auténtico putón y la pobre palomita, que intentaba ganar sus afectos a base de sonrisas y poses forzadas, no hacía demasiado bien su papel.

No valía con dejar caer un tirante por tu hombro, tenías que darlo todo.

Que fue, precisamente, lo que yo hice.

¡Cómo disfruté de aquella sensación! ¡Robarle su estúpido amado a la tonta de mi amiga, ver sus ojillos llorosos, bailar entre sus pensamientos mientras ella se desmoronaba!

Bah. No soy ningún monstruo. Se lo tenía bien merecido.

Conduje a mi presa escaleras arriba y lo tumbé sobre la cama. Él estaba bastante borracho y demasiado salido como para pensar en otra cosa que no fuera sexo. Me coloqué sobre él, sujetando con fuerza sus muñecas, mirándole a los ojos, mostrando mi entusiasmo. Sentí su cuerpo luchar bajo el mío, pugnando por imponerse, por yacer sobre mí. Pero no iba a

dejarle hacer eso.

Comentó que era una chica más fuerte de lo que parecía.

Yo respondí que en efecto.

Sugirió cambiar de postura, confesando que a él le gustaba ser el dominante.

Revelé que ya lo sabía. Que lo conocía todo sobre él y que me parecía un jodido gilipollas. Escarbé entre su vergüenza y le dije que estaba informada de muchos de sus secretitos. Sabía que se había acostado con su prima, que le gustaba la madre de su amigo y que pensaba que yo era estúpida.

La expresión de su rostro cambió y trato de combatirme con toda su fuerza. Que no era poca, por cierto, teniendo en cuenta que el alcohol y algo más, le habían perjudicado bastante aquella noche.

Entonces fue cuando explotó todo. La gente empezó a gritar en el piso de abajo, sonó la alarma anti incendios y alguien tocó en la puerta de la habitación, intentando abrirla, avisando que aquello era una emergencia.

Para cuando logré salir de la casa, ya se había convocado en torno a ella una multitud de vecinos preocupados. Encontré algunos de los integrantes de la fiesta tumbados sobre el césped de la entrada, chillando, llorando, presas de ataques de ansiedad. Y unos metros más allá, sentado en el bordillo de la acera, de espaldas a todo, estaba mi tembloroso amigo, patético y solo, como un perrillo abandonado.

Todo parecía tan maravilloso. Incluso la angustia ajena, me resulta suculenta en este estado. Y aquel chico, no mayor de diecisiete años, traumatizado por las palizas, se me antojaba el ser más deshecho de todo el lugar.

Me acerqué hasta él y me senté a su lado, tratando de que la falda no enseñase demasiado. Aquella era una postura muy comprometida para la escasa tela roja que me cubría.

Pregunté su nombre, aunque ya lo sabía.

Él se tomo su tiempo, pero finalmente me respondió tartamudeando.

Lucius.

Claro que sí, amigo, estoy segura de que ése es tu verdadero nombre.

¡Joder, si no te hubiera leído antes la mente, me lo hubiera creído!

Dejé pasar su mentirijilla y le pregunté qué demonios había hecho. Él, obviamente, no respondió. Estaba demasiado ocupado mirando al infinito, aguantando las ganas de llorar. Allí sentado, cubierto de vómito, sintiéndose culpable y triunfante a la vez, me recordó a Carrie, aturdida bajo la sangre de cerdo.

Por favor, una casa ardiendo, después de una fiesta horrible. Todo un cliché. Pero un cliché que me pareció precioso en aquel momento y que me conmovió lo suficiente para darle mi número de teléfono e invitarlo a salir algún día.

No, no en el sentido romántico. Yo ya estoy casada. Conmigo misma. Simplemente, me había recordado a mí, tiempo atrás, apaleada y enferma de miedo.

De eso hace ya un año. Tras lo ocurrido, él se pasa a veces por casa, sólo para visitarme. Me cuenta cómo le va en el instituto, lo mal que se lleva con sus hermanos, los grupos de música que le gustan, las series que ve en la televisión, ese tipo de cosas. En ocasiones me entretiene, y en otras, (cuando tengo muchas ganas de colocarme), me aburre inmensamente y me dan ganas de mandarlo a la mierda. No lo he hecho, por culpa de mi compañero de piso. Aunque no suelo seguir sus consejos, no puedo evitar llevarle la corriente en todo esto. En el fondo, me da pena maltratar al chaval.

Y aquí está de nuevo, llamando a mi puerta, histérico, pidiéndome Deméter a grito pelado. No quiero abrirle, pero no puedo dejar que se quede ahí vociferando, porque joder, los vecinos van a acabar enterándose de todo. Abro un poco la puerta y tiro de su brazo violentamente, escondiéndole en el piso, recriminándole su falta de discreción.

El niñato me pregunta qué me ha pasado en la cara y yo le pregunto qué que le ha pasado a él en el cerebro para venir gritando así a mi apartamento.

Vuelve a pedirme que comparta con él un poco de mi magia, esta vez más calmado.

Sorprendentemente, Lucius nunca me ha pedido Deméter. Hasta ahora.

Le digo que no, que lo que tengo es mío y que no estoy de humor para aguantarle. Estoy agotada, sólo tengo ganas de dormir y no despertar nunca. Apenas recuerdo qué pasó anoche y me encuentro embriagada por un sentimiento de despreocupación completa, que me aconseja olvidar el

mundo y tumbarme en la cama.

Pero él me dice que por favor, que la necesita. Que ya es mayor de edad.

Mierda, se pone a llorar.

Intentando quitármelo de encima, accedo a lo que me propone y mientras sujeto ante él una bolsa transparente, le pregunto qué demonios pasa.

Él me mira, con ojos de cordero degollado y responde, con un hilo de voz que ha matado a su madre.

Capítulo 3

Joder.

Lizzie Borden: Reencarnada en un tembloroso y confuso adolescente, amante de las hachas y resentido con su madre.

No es necesario hurgar demasiado en su cerebro palpitante pues la escena está clara, en portada, deseosa de ser descubierta. La sangre se abre paso con lentitud entre unos labios mortalmente blancos, ligeramente separados. La boca me recuerda la mía, abriendo y cerrando, sonriendo para la cámara, apretada, suelta pero siempre seductora, siempre entreabierta bajo una mirada perdida. A veces pienso que el trabajo de una modelo no se diferencia mucho del de una muerta.

Mi compañero de piso se sitúa a mi espalda y murmura algo que no me interesa. Estoy demasiado ocupada dentro de la mente de otra persona como para hacer caso ahora de sus crípticas recomendaciones.

Además, ansío otra dosis, una capa de polvo de estrellas sobre mis hombros que me proteja, antes de adentrarme en esta aventura. Emito un quejido de dolor y Lucius me mira con sus ojillos de cordero, rogándome que continúe, que ahonde en la situación antes de que su corazón estalle, pero mi gula exige más palomitas para la película. Esta gula, que nunca se acaba pero que no cesa de satisfacerme cada vez que me derrumba.

Pero la imagen vuelve a mi cabeza, esta vez de forma inesperada, rompiendo mi cadena de pensamientos. La cabeza está abierta por completo. Libre del cráneo, el laberinto de los sesos se ha desparramado sobre la alfombra empapada de sangre. El hacha, aún clavada en la víctima reposa tranquila tras cumplir su cometido, convirtiéndose en el instrumento literal del rencor acumulado de un hijo desamparado. Consigo, a la vez, captar una última imagen de él, que estúpidamente se ha dado vuelta para ver el resultado de su obra profana. La madre aún conserva un hilo de vida mecánica y su ojo izquierdo, que ha quedado prácticamente intacto aunque un poco salido de su órbita, se clava en él, curioso y aterrado, antes de cerrarse con lentitud.

Bueno, pues va a ser verdad que la ha matado.

Lucius se echa a llorar como un niño pequeño, encogiéndose sobre sí mismo mientras se abraza sus rodillas.

Mierda. Va a llenarme de mocos el sofá. Tendría que haberlo comprado de un color más oscuro.

No estoy especialmente impactada pues no es esta la primera vez que descubro este tipo de secretos, coagulados sobre la materia gris. Sin embargo, me cuesta ligeramente admitir el disfrute que siento cuando traspaso la frontera prohibida y observo todo aquello que no debe ser conocido. Espiar. Espiar como no lo ha hecho nadie, hasta el fondo de la carne, hasta los límites que separan unos hombres de otros, hasta estar completamente satisfecha y segura de que he hincado el diente en el sabroso tuétano.

¿Para qué quiere este muchacho el Deméter, ahora que lo pienso?

Para olvidar, me responde él, en el silencio, tentando una respuesta rápida.

¿Entonces, cuál es el plan, drogar un par de gatos callejeros hambrientos para que acaben con ella? Serían capaces de roer hasta el hueso en un par de horas, puestos hasta el culo de Deméter.

Le digo que podríamos incinerarla o tal vez mejor derretirla, como si la sumergiésemos en ácido. Mucho más fácil, menos sospechoso pues no quedaría resto alguno.

Mi compañero de piso se acerca de nuevo a mi espalda y susurra algo a mi oído. Mientras me aconseja, acaricia mi cabello con suavidad, haciendo que caigan al suelo algunos de mis mechones, ya débiles y secos.

Tal vez... tal vez debería escucharlo ahora. Quizás aquello fuera lo mejor para todos, incluso si al final se iba todo a la mierda. Llevo una mano a mi frente en un gesto de exasperación y noto mi piel áspera, escamada, desprendiéndose bajo mis dedos. ¿De esto quería advertirme mi compañero de piso? ¿De esta descomposición prematura?

Me pregunta si la droga es capaz de resucitarla.

Mientras, Lucius sigue llorando en el sillón, murmurando entre sollozos que él no quiso hacerlo, que sólo estaba enfadado, que necesitaba dinero y ella no quería dárselo.

Le digo que si realmente necesitaba un chute podría haber venido a mi casa, pero él niega con la cabeza.

El dinero no era para eso.

La nariz... lo fuera que fuese aquella masa de carne despellejada que tenía ahora entre los ojos comenzó a dolerme. Tenía la cara completamente destrozada como consecuencia de la sobredosis del otro día y ahora, después de un par de horas sin la diosa, necesitaba una

nueva conexión.

Abrí la bolsa que iba a darle al chico y metí un dedo en ella. Iba a ser difícil colocarme sin una nariz nueva, así que probé llevando el índice a lo que quedaba de mis labios.

Sí. Joder.

Este vacío fantástico de nuevo, llenando mi estómago, colmando el ansia de mi ser, la diosa madre abriendo las puertas del infierno para que Perséfone pueda escapar del dominio de Hades, para que yo atraviese la barrera de la realidad y, muy pronto, para que la madre de Lucius volviera de entre los muertos.

¿Se realizarían nuestras sospechas, seríamos capaces de romper la barrera definitiva, con un hacha y una madre muerta?

En este momento, sé que sí. Funcionará todo, absolutamente todo lo que quiera, porque ahora tengo sus huesos triturados bailando en todas las arterias de mi cuerpo.

Capítulo 4

Hola mamá. Pérdoname por existir, por romper tu cuerpo desde dentro cuando nací, por romper el envoltorio cuando creí que quería matarte.

Es lo que debería haber pensado Lucius, lo que debería haber dicho ante aquella carne salpicada y fría. Pero no. Se limitó a seguir llorando, a arrodillarse ante el cadáver pidiéndome una dosis de redención instantánea.

Me preguntó, con la voz rota y los ojos rojos si podría hacerlo.

No lo sabía. Nunca había hecho algo como aquello.

¿Una droga capaz de levantar un muerto?

La situación resultaba demasiado apetitosa como para no saborear cada uno de sus segundos. Contra la posibilidad de que Lázaro no respondiera la llamada o bien que ésta conectara con Tarantino, se presentaba una semana aburridísima, llena de insomnio, televisión y putrefacción temprana. Así que...

Qué demonios. Había tomado bastante Deméter para remontar el Estigio ida y vuelta. Estaba dispuesta de enseñar el dedo de en medio al mismísimo Hades mientras el viento ondulaba mi cabello, dispuesta a la mejor sesión de fotos de mi vida aunque me convirtiera en estatua de sal al devolverle una mirada desafiante.

Me acerqué a lo que días antes había sido una persona y sonreí.

Oh, hacía mucho tiempo que no arqueaba los labios de aquel modo.

Lucius suplicó algo entre gárgaras cuando pisé los sesos que él mismo había repartido sobre el suelo. Me estaba divirtiendo. Me estaba divirtiendo tanto que apenas sentí nada bajo mi tacón. En aquel momento, sólo estábamos ella y yo, Frankestein y su criatura, ambos posando ante una multitud de flashes, dispuestos a burlar a la muerte.

Me agaché con las rodillas hacia un lado y la cabeza hacia arriba, con los ojos cerrados. Algo cayó sobre mi frente, mis pestañas, mis labios. No hizo falta mirar, sabía lo que era. Sangre, sangre fresca, que caía desde el cielo como una fina lluvia. Pude escuchar a Lucius gritarle a su madre mientras aún lloraba en la habitación momentos antes, vi a través de unos ojos que no eran los míos, comprendí el horror y escuché el golpe del cráneo que se abre antes de dar paso a la última hora. Estaba en todas las habitaciones de la casa y en ninguna, observando con atención como la historia de la familia se desenvolvía ante mi poder, sus capítulos

sucediéndose a la vez, como una película de terror superpuesta sobre un vídeo casero.

¡Ah, el morbo de conocer de primera mano la escena del delito, al asesino, a la víctima, al motivo subyacente a la acción!

Mis manos se movieron solas, posesas quizá por el Deméter de las entrañas, movidas tal vez por mí misma, nadie lo sabrá jamás. Recolectando las piezas del puzzle de aquella mente con habilidad, pronto lograron ofrecerme un ramo de hermosas rosas amarillas, de recuerdos, de líquido, de sangre, de patéticas lágrimas de efebo.

El olor a muerte se transformó por un instante, en un aroma agradable, el recuerdo de un verano adornado de margaritas, un viejo agosto antes de que el tierno esposo se perdiera en sí mismo hasta marchitarse, dejándola a ella sola, en un campo sin flores.

Con cuidado, coloqué las rosas dentro del jarrón aún roto. Recogí algunas piedras y las coloqué unas sobre otras lentamente, deleitándome en las escenas que me susurraraban, riendo un poco al escuchar a Lucius derramando su estómago sobre nuestro campo privado, conmocionado, seguramente, por el ojo que se abría nuevamente, sanguinolento y acusatorio.

Jamás supe si mi criatura se encontraba muerta o moribunda en el instante en el que pronunció mi nombre, pues ante mí podía verla en ambos estados y jamás supe si mi experimento había funcionado realmente pues, tras ese día, jamás volví a ver a Lucius.

Al día siguiente me levanté extrañamente satisfecha. Tan sólo recordaba momentos sueltos, perdidos, el llanto de un niño, la risa de una vieja y a mí misma, hermosa, antes de caer agotada en la tentación, sonriendo, en un campo de rosas amarillas.

Tras poner los pies en el suelo, alguien llamó a la puerta. Algunos de mis cabellos cayeron al suelo, haciendo que llevara mi mano instintivamente a la cabeza.

La imagen de un cráneo, roto y vacío acudió a mí como una flecha. Sólo pude sonreír.

Entonces, él entró. Quise preguntarle de dónde había sacado la llave pero el extraño me comentó que yo misma se la había dado, que hacía meses que no me pasaba por el trabajo.

Miró de arriba abajo mi cuerpo flaco, alimentado tan sólo por la locura y la

droga.

Le pregunté qué le pasaba.

Respondió sacando una cámara de su mochila, pidiéndome que posara para él.

Lo hice. Me recosté sobre la cama, alboroté mi pelo, perdí mi mirada en un paisaje inexistente. Entregué mi ser a Deméter, mi cuerpo a la cámara, mi mirada a la oscuridad creciente. Dejé caer mi camisa al suelo y revelé la forma de mis costillas en una pose atrevida.

El extraño sonrío, murmuró algo, sonrío conmigo y dejo escapar un mensaje de sus labios. Vi cada letra salir transformada en humo, serpenteante, colorida, pero fui incapaz de leer las palabras que formaban. No me importó.

Desabroché el sujetador, desabotoné el pantalón que llevaba puesto desde el día anterior y elevé los brazos hacia el cielo, girando la cabeza sobre los hombros. Él volvió a decir algo que no pude escuchar, pero sí entender.

Puta.

No me importó.

Estás puesta hasta el culo.

No me importó.

Sentí las paredes llenas de dioses, de vida, de éxtasis, las sentí vibrar conmigo, las sentí mías, eternamente mías. El humo de las palabras comenzó a llenar toda la habitación, a henchir mis pulmones y me llevé las manos al vientre. Lo acaricié, extasiada, como si acabara de llenarlo de maravillas y presioné. Presioné con mis dedos, con mis uñas. Presioné con fuerza, hasta que lo escuché romperse y sentí correr el líquido caliente de su interior. Nuevamente el sonido de la carne abriéndose bajo mi fuerza y sentí que jamás había percibido algo tan sublime como aquello, algo tan divino como mi propio interior revelado al mundo en un instante de arrebato.

Cuando sentí que algo de mí caía pesadamente al suelo, él gritó.

Y una chispa, una pequeña chispa, perdida entre el humo arcoíris, prendió, quemando su ropa, su piel, sus cabellos, su cámara.

No me importó.

Capítulo 5

Mi compañero encontró mi cuerpo roto y descompuesto en el suelo de la habitación.

Aún consciente, alcé mi mano para tocarle, rogándole que me ayudara. Necesitaba un poco más, un poco más de polvo, de irrealidad, de luces de neón brillando sobre mi otra vez hermoso cuerpo, sobre mis costillas prominentes y mi cabello teñido.

Pero la mano cayó al suelo, salpicando mis oídos con el tacto de mi propia sangre derramada. Cerré los ojos, giré la cara, obvié la locura que me aprisionaba tendida sobre la estúpida alfombra de leopardo blanco, pero toda mi voluntad acudió en vano. Tras los párpados Deméter seguía transmitiendo, mostrando la imagen de mi vientre vaciado como si los ojos del mismísimo me observaran a través del techo enmoquetado.

Vi al fotógrafo cocinado junto a mí, aún con vida pero humeante, enloquecido por la cercana muerte y la rápida sucesión de imágenes que machacaban su cabeza desde dentro. Bogo, el perro de su infancia, los platos de mamá, la hoguera navideña, el primer beso, la primera foto, el primer trabajo, el perrito caliente pagado con su primer dólar, su esposa, su amante, todas las modelos que posaron para él y finalmente, yo, vestida, desnuda, abierta, reventada con mis propias uñas, encumbrada sobre un repentino carro de fuego.

Los labios llagados clamaron sus letanías derretidas por mi calor una última vez antes de deshacerse en un efímero pensamiento.

Puta. Puta. ¡Puta!

Me llamó puta mientras vivió y mientras moría. Sin importar los actos cometidos entre medias, acabé para él siendo la misma cosa que cuando empecé, así que supuse que a fin de cuentas no importaba lo que había hecho. Mi inocencia no había cambiado.

Bienvenido a mi barbacoa, cabrón. Espero que te gustaran las salchichas.

El otro seguía mirándome. Quise gritarle que moviese el culo y me trajera magia, que me ayudase a recomponerme, pero nada más abrir la boca descubrí que había gastado todo mi aliento.

Supliqué desde el silencio, mirándole a los ojos.

Su voz retumbó sobre el polvo blanco como respuesta

—Devon. Tienes visita.

Vi la muerte a su espalda. Llevaba el pellejo del fotógrafo colgado de la guadaña y ahora venía a por mí.

—Aquí acaba todo para nosotros.

Comencé a ver mi propia película. El rostro de mi hermano escapó de las imágenes del pasado, atormentándome con sus lágrimas de sangre y sus cuencas vacías, el gesto torcido en una mueca de dolor. Lo sentí dentro de mí, palpitando atrapado en las venas de mi cabeza, presionando hacia afuera, recordándome el dolor de ser humana, el dolor de los abstemios. Y luego, mi primer beso, mi primer trabajo, mi primera dieta, transcurriendo a toda velocidad a medida que mi consciencia caía hacia el abismo.

—Pero no tiene porqué ser así.

Me dejé atrapar por la vida que escapaba y escapé con ella.

Su voz era cada vez más lejana.

—Vuelve a tomar de mí.

—¿Quién eres? ¿Qué quieres? Déjame morir.

—¿Quieres morir, Devon?

Sopesé la respuesta.

Sabía lo que me estaba proponiendo. Sabía que no me estaba ofreciendo simplemente volver a la vida.

—Algún día...

—¿Quieres morir ahora, Devon?

—No.

—Yo tampoco.

Me abrazó en la oscuridad.

Me rompió entre sus brazos y mi cuerpo se convirtió en polvo.

El viento me arrastró por el desierto y me confundí entre las dunas convertida en el aliento de un antiguo rey, de un dios oscuro, un dios viejo y olvidado, podrido y magnífico, emperador de trescientos millones de mundos muertos, de trescientos millones de semillas y una sola tierra,

fértil e infinita.

Comprendí que había esquivado la muerte convertido en simiente.

Oí corear su nombre enterrada bajo el maíz.

¡Aganippe, Erinias, Isis, Deméter! Gritaban desde sus estómagos vacíos, sus pies descalzos, sus almas hambrientas, las voces corrompidas por la lujuria escaparon de todos los rincones del mundo. Lo deseaban. Lo llamaban. Lo querían dentro. Querían comérselo y follárselo, imaginándolo mujer u hombre, descomponiendo el rostro verdadero en el teatro de su mente, rompiéndolo para imaginarlo tal y como ansiaban que fuese como habían hecho conmigo.

Entonces apareció él, gigantesco pero humano y caminó entre ellos alzando sus brazos, cantando.

Y con su canción nació trigo nuevo y los árboles dieron fruto, las semillas reventaron, los campos florecieron, todo aquello que tocó su voz germinó donde estaba muerto, todo aquello que tocó su voz se convirtió en alimento, dentro y fuera de los cuerpos vivientes.

Hombres y animales estallaron cubiertos de su gloria, de sus bocas creció hierba empapada en sangre, de entre sus piernas nació la rama y buscó la tierra, empalada a través de las costillas, erguida desde las cuencas, los ojos sacados contemplando el sol de la aurora.

La higuera maldita brotó próspera y el mundo ahogó un grito.

Los hombres comenzaron abalanzándose sobre su espalda.

Le tiraron piedras, le mordieron los tobillos, le negaron y donde antes había habido súplica, ahora sólo quedaba perjurio. Aquellos que lo habían llamado renegaron de él.

Su voz volvió a mí, retumbando contra las paredes del último túnel, rompiéndolo, rompiéndome.

—Rompieron tus huesos para devorar tu cuerpo deforme a través de la imagen.

—Tu misma rompiste bajo la lente, convertida en lo que ellos querían que fueses, tu cuerpo convertido en su semilla, abatido por el hambre y la pena. Moriste.

—Moriste aquella noche junto a tu hermano y yo te traje de vuelta convertida en mí espejo, engañándote en cada gramo de cocaína,

alimentándote.

—Vuelve de entre los muertos, Devon, quema sus campos en mi nombre. La muerte no sobreviene a aquel que porta mi fuego.

—No necesitas a tu hermano. No necesitas a nadie, no te necesitas a ti misma. Sólo yo, Devon, sólo la muerte renaciente, tu carne podrida alimentando tu nueva carne, cadáver y buitre, carroña y mosca, todo serás tú, todo seré yo y viviremos juntos eternamente, convertidos en polvo blanco.

—Yo seré todo. Tú serás nada.

Nuestros dedos se entrelazaron.

—Yo seré la dosis. Tú serás nada.

Acepté.

Supe que estaba condenada, que había vuelto del cementerio quemada con las llamas del infierno y convertida en un demonio.

Supe que mi vida iba a apestar. Había hecho un trato con mi verdugo a cambio de mi cabeza.

Pero no pude resistir.

Estaba demasiado enganchada.

Y desperté.

Me levanté del suelo desnuda y caminé hasta el espejo del baño.

Mi cara volvía a ser la misma. No percibí rastro alguno de deformidad pues no había cicatriz, ni prueba de mi vuelta de entre los muertos sobre mi piel perfecta.